

## **SOLEMNIDAD DE LA VIRGEN DE MONTSERRAT**

**Homilía de Mons. Lluís Martínez Sistach, cardenal de Barcelona**

**27 de abril de 2009**

Celebramos con especial devoción la solemnidad de la Virgen de Montserrat, Patrona principal de Cataluña, en el Santuario de su montaña santa. Lo hacemos conmemorando 600 años del paso de Monasterio a Abadía, y los 50 años de la Consagración de este altar mayor de la Basílica. La Moreneta está íntimamente vinculada a nuestra vida cristiana y a la vida cultural y social de los catalanes. La Virgen de Montserrat ha hecho historia bien presente y bien unida con nuestro pueblo más que milenario. Por eso, para todos los que participamos en esta eucaristía es un auténtico privilegio, y de manera especial para mí, cardenal de Barcelona y Metropolitano de la Provincia Eclesiástica en la que se encuentra este apreciado Santuario.

Montserrat, a causa de la querida comunidad benedictina y de la multitud de peregrinos y visitantes del mundo entero, siempre ha sido un Santuario que ha vivido la catolicidad de la Iglesia y que ha participado del espíritu de nuestro pueblo abierto y acogedor. Vivimos este año en el seno de la Iglesia la conmemoración del bimilenario del nacimiento de San Pablo, el apóstol de los gentiles. Lo estamos celebrando siguiendo los pasos del apóstol que nos conducen hacia Jesucristo, nuestro amado y único Salvador, para que podamos gozar del encuentro personal con el Señor.

La vida de Pablo en Cristo empieza el día en que, según sus mismas palabras, “Dios me reveló a su Hijo para que lo anunciara a los paganos” (Gá. 1,16). Aquel encuentro personal con Jesús resucitado fue esencial. Jesús le esperaba en el camino de Damasco. Cerca de la capital de Siria, el perseguidor se convirtió en predicador, el enemigo en amigo, el hombre cegado por el odio se transformó en un hombre iluminado por el amor. En el corazón de Pablo, la práctica de la Ley y de las prescripciones minuciosas ha dado paso a un nuevo conocimiento, el de Jesucristo. Él es quien da la plenitud y el sentido de la vida al antiguo fariseo. La vida de Pablo, después de Damasco, tendrá un solo nombre: Jesús, el Señor.

Pablo actúa tal como Jesús ha actuado, porque ha sido transformado en Cristo y es Cristo quien habita en él. Su vida ya no le pertenece, porque también Jesús decidió que su vida no le pertenecía y la dio con generosidad, como dice el apóstol: “El Hijo de Dios me amó y se entregó él mismo por mí” (Gá 2,20). Esta convicción de ser amado por Cristo le empuja a responder con amor a este amor y podrá decir de sí mismo: “Ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí” (Gá. 2,20).

¡Queridos monjes y queridos hermanos, qué prueba de conversión tan profunda y fecunda vivió Saulo de Tarso! Aquel encuentro personal con el Señor está en la base de su vida cristiana, como lo ha de estar en nuestra vida cristiana laical, monacal o sacerdotal. Es lo que dice Benedicto XVI al inicio de su encíclica “Dios es amor”: se empieza a ser cristiano por el encuentro con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con eso, la dirección decisiva (cf. n. 1).

Con la oración, con la celebración de la eucaristía y de los sacramentos y con el amor a todos los hermanos hemos de propiciar el encuentro personal de cada uno de nosotros con Cristo para recibir la gracia de Dios que nos una cada vez más a Jesucristo y podamos decir como el apóstol, “ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí” (Gá. 2,20).

Todos los cristianos hemos de ser más conscientes de que la vida cristiana consiste en amar a Dios y a los hermanos, a todos, en especial a los pobres y necesitados, y también a los enemigos. Amar. ¡Qué fácil nos lo ha puesto el Señor! Y la perfección del amor es la santidad. ¿Qué imaginamos cuando hablamos de los santos? Parece que no sea cosa para nosotros. Nos equivocamos. Juan Pablo II dice que la primera y fundamental vocación de todos los bautizados es la vocación a la santidad, es decir, a la perfección del amor (cf. *Christi fideles laici*, n. 16). Gracias, Señor, porque nos has creado a tu imagen y semejanza y nos has salvado para que seamos santos como tú eres santo.

¿Cuál es el papel de la Iglesia en el mundo de hoy? ¿Qué servicio ha de prestar a nuestra sociedad? Si los cristianos vivimos una espiritualidad sólida y profunda, bien trinitaria, centrada en Jesucristo, asumiendo las responsabilidades humanas y cristianas, armonizando la acción y la contemplación, poniendo a Dios en el centro de nuestra vida y con una adhesión al Señor como vivió San Pablo, ya descubriremos qué tenemos que hacer para servir a nuestra sociedad y le dedicaremos nuestra vida. Necesitamos hoy cristianos fuertes, de hierro forjado por la acción de Cristo que no vino a condenar al mundo sino a salvarlo y dar su vida para que tengamos vida abundante. Hemos de abrir itinerarios de iniciación cristiana en los que, a través de la escucha de la Palabra, la celebración de la Eucaristía y el amor fraterno en comunidad, los cristianos puedan practicar una fe cada vez más adulta (cf. Sínodo Episcopal sobre la Palabra de Dios, propuesta 38). De este modo la Iglesia tendrá un papel relevante en la sociedad, el papel que le corresponde.

María, llevando a Jesús en sus entrañas virginales, fue diligente a la montaña para servir a Isabel y llevarle al Señor. Saulo de Tarso, seducido por Jesucristo, fue por todo el mundo anunciando el Evangelio, para convertirse en mensajero de un anuncio: Jesucristo muerto y resucitado. Pablo es apóstol no por opción o por méritos propios sino por la llamada amorosa que ha recibido del Señor. Por eso dirá: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Co 9,16).

La Iglesia es más apostólica cuanto más y mejor transmite la fe en Cristo. Todos hemos recibido el mandato de transmitir fielmente el tesoro de la fe. Éste nos ha llegado a nosotros porque los que nos precedieron en el tiempo asumieron la responsabilidad de pasarnos al antorcha de la fe y del amor revelados en Jesucristo. Si creemos que la fe es liberación, fuerza de amor y de unión entre los hombres y mensaje de salvación, de consuelo y de esperanza para las horas de temor, ¿qué nos impide vivir con los discípulos de Cristo? Estamos llamados a ser iconos visibles del Dios invisible, somos urgidos a hacer presente a Cristo en medio del mundo. Ciertamente, es un servicio muy necesario y urgente que hemos de prestar a los hombres y mujeres de Cataluña. Este es el papel que ha de realizar la Iglesia en medio del mundo. Porque, como nos recordó Pablo VI, en un documento muy actual, la Iglesia existe para evangelizar y evangelizar es su misión esencial (cf. Evangelio nuntiandi, n. 14). En el Plan Pastoral de la Archidiócesis de Barcelona el primer objetivo prioritario consiste en transmitir la fe a los jóvenes. En el reciente Sínodo episcopal sobre la Palabra de Dios se ha afirmado que “la misión de anunciar la Palabra de Dios es tarea de todos los discípulos de Jesucristo como consecuencia de su bautismo... dado que la Palabra de Dios se ha hecho carne para comunicarse a los hombres, un modo privilegiado para conocerla es por medio del encuentro con testigos que la hacen presente y viva” (propuesta 38).

Celebrando la solemnidad de la Virgen de Montserrat en esta santa montaña, recordamos más las raíces cristianas de Cataluña. Nuestra identidad está empapada de cristianismo, y si es verdad que el contexto social del país es de pluralismo, también es cierto que la presencia y actividad de los cristianos en nuestra sociedad es muy considerable. La presencia de los signos, símbolos y celebraciones cristianas en la sociedad es muy coherente con nuestra identidad cultural y con nuestra realidad actual. El estado es aconfesional, pero la sociedad no, porque sus miembros, muchísimos de ellos, se profesan religiosos. Y la riqueza de una convivencia social bien democrática consiste en que los ciudadanos, individualmente o asociados, aporten sus convicciones y contenidos religiosos, en especial los de la religión que tiene un arraigo notorio en la sociedad, como es la fe católica. Esto está de acuerdo con la sana laicidad del estado que apoya en aquellas palabras de Jesús que han llegado a ser patrimonio de la humanidad. “Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César” (Mt 22,21; MC 12,17; Lc 20,25).

En la actualización de la Visita Espiritual a la Virgen de Montserrat del obispo Torras i Bages, que los obispos de Cataluña hicimos el año 2006, escribíamos que “pedimos a la Santa Engendradora del Eterno, la continuidad de nuestro pueblo y la fidelidad a las raíces cristianas

de nuestra cultura, para que su voz nunca falte en la gran sinfonía de los hijos e hijas de Dios: 'Alabad al Señor todos los pueblos, glorificadlo todas las naciones'" (Sl 116).